

expertos en el tráfico y la navegación, muy pronto había de estallar por fuerza alguna colisión grave: por otra parte ¿cómo habían de resignarse los cartagineses á ceder indefinidamente á los griegos y fenicios la posesión exclusiva, el pingüe monopolio de los preciosos metales de la Bética y sus exquisitos frutos? Importa poco saber con qué pretexto fué llamada la naciente república africana á intervenir en las discordias de los afortunados usufructuarios de tan apetecida herencia: cualquiera que haya sido la causa que los trajo á España, es indudable que de todas maneras, más pronto ó más tarde, habían de volver á ella sus proas. Es fama que desavenidos los gaditanos fenicios, por un motivo cualquiera, con los turdetanos y los griegos, llamaron en su auxilio á los terribles cartagineses. Acudieron éstos solícitos al llamamiento, y so pretexto de acorrer á sus hermanos, invadieron con sus huestes la Península: lucharon, vencieron, y complacidos con las ventajas que el país les ofrecía, se apoderaron de él en perjuicio de sus legítimos poseedores y de los dominadores á quienes habían fingido defender. Tarde reconocieron los fenicios el engaño: cuando quisieron sacudir el yugo cartaginés, se vieron en su metrópoli sitiados y combatidos con medios destructores desconocidos hasta entonces: los arietes africanos (1) batían los muros de Gadir, y los terribles soldados denegridos por el sol y el hálito abrasador del Desierto, cubrieron de guarniciones las risueñas y prósperas ciudades del litoral y sus islas. Supónese que acaso hubieran emprendido entonces los cartagineses la conquista de todo el país, si las guerras en que por otras partes andaban envueltos no les hubieran movido á aplazarlo para ocasión más oportuna; pero lo dudamos, porque los cartagineses, lo mismo que sus mayores los fenicios, eran gente de mar, que apenas salían de sus naves, de continuo armadas ora para el comercio, ora para la guerra, y como poco

(1) Según VITRUBIO, lib. X, cap. 19, fué esta la primera ocasión en que se empleó el ariete.

sedentarios, se contentaban con establecer en las costas sus emporios (1). Dejaron en la Península algunos gobernadores que se limitaron á tener á raya por espacio de algunos años á las tribus iberas de las cercanías, y á sacar para las otras contiendas que sostenía Cartago gente y riquezas de sus propias posesiones en la Bética.

Dejemos á los cartagineses disputar á los fenicios y á los griegos la dominación del Mediterráneo: dejemos á las colonias griegas de España ir atesorando en sus conflictos con los hijos de la naciente y ya orgullosa república africana, los odios que han de convertirlas en fieles y útiles auxiliares de Roma. Supongamos que con motivo de una rivalidad de piratas, y ofendidos los cartagineses de ver que los tirrenos son más ladrones que ellos, ha estallado la guerra entre Cartago y Roma. En esta guerra no faltarán seguramente ocasiones de estipular á costa de España; sin embargo, la recelosa malicia de los penos (2), fiel á la práctica constante de sus progenitores los fenicios, procurará en los tratos que con Roma celebre dejar como envuelta en las sombras del misterio la hermosa presa que ya empezaba á saborear, para reservarse su goce exclusivo (3). Polibio copió de las tablas de bronce conservadas en el archivo de los ediles del templo de Júpiter Capitolino un tratado, el más antiguo que se conoce entre cartagineses y romanos, que descubre el vano deseo de retardar la ya inevitable incursión de la gente de Rómulo en nuestro suelo. La letra de este tratado, escrito en latín

(1) Al Este y al Oeste de Gades, antigua factoría tiria, dice MOMMSEN (*Hist. de Roma*, Lib. III, c. 1), se extendía una larga cadena de colonias comerciales cartaginesas; en el interior poseía también Cartago muchas minas de plata: tenía en su poder la Andalucía y la actual provincia de Granada, ó por lo menos sus costas; pero no intentó siquiera conquistar en el interior terreno alguno perteneciente á las belicosas naciones indígenas.

(2) Nombre latino de los cartagineses. Les vino de su afinidad con los fenicios, como lo afirma S. Jerónimo diciendo en su comentario sobre Jeremías (lib. V, cap. XXV): *Pœni, sermone corrupto, quasi phœni appellantur.*

(3) Cuenta Estrabón (lib. III) que los pilotos cartagineses hacían adrede varar sus naves con objeto de desorientar á los buques extranjeros que seguían su derrota para entrar, guiados por ellos, en los mares desconocidos.

bárbaro de más de cinco siglos anterior á nuestra Era, dice entre otras cosas: «Los romanos y sus aliados del Lacio se abstendrán de navegar más allá del gran Promontorio (tal vez el Promontorio de Juno, hoy Cabo de Trafalgar), á no ser que á ello se vean precisados por sus enemigos ó arrojados por las tempestades. En este caso no les será permitido comprar ni tomar allí nada, sino lo estrictamente necesario para avituallar sus naves ó para el culto de los dioses, y no podrán permanecer más de cinco días. Los mercaderes que vayan á Cartago estarán exentos de pagar derechos, á excepción de los que cobran el pregonero y el escriba... Los cartagineses por su parte se abstendrán de hacer incursiones y daños en las tierras de los anciotas, de los ardeanos, de los laurentinos, de los circeyanos, de los terracinenses, y de los demás pueblos latinos que obedezcan á los romanos... (1)» Otro tratado posterior, que confirmaba las principales cláusulas de éste, hace aún más patente el deseo de alejar á los romanos de España. «Los romanos, dice una de sus estipulaciones, no harán presas, ni traficarán, ni construirán ciudad alguna más allá del gran Promontorio, de Mastia y de *Tarseyo* (2).» Hasta el año 238 antes de J. C. siguieron los cartagineses sacando de España recursos para sostener en Sicilia la primera guerra púnica, y para sojuzgar en África á otras naciones enemigas; comerciaron mucho, beneficiaron mucho la Bética, pero no guerrearón en ella ni llevaron á cabo conquista alguna.

En este intervalo, y antes de su guerra con los romanos, emprendió la marina cartaginesa con naves construídas en Cádiz dos largos viajes de exploración, cuyo recuerdo persevera glorioso en la historia de las antiguas navegaciones. Himilcón y Hannón, sucesores de su primo Safón en el gobierno de España, dejando el cuidado de esta provincia á su hermano Gisgón,

(1) POLIB., lib. III.

(2) Polibio da el nombre de *Tharseius* á todo el país de la costa bética. Tharscio, Tharsis y Tarteso, es todo uno.

obtuvieron permiso del Senado para aderezar dos armadas y abastecerlas de todo lo necesario con objeto de descubrir nuevas costas. Himilcón se propuso explorar las riberas de Europa y sus mares: Hannón se encargó de recorrer el litoral de África, á la sazón completamente inexplorado (1). Créese que Himilcón navegó hasta las islas Sorlingas, que los antiguos griegos llamaron islas del Estaño (Cassitérides), y no hay memoria del derrotero que tomó para su vuelta á España después de dos años y medio empleados en ida y vuelta de navegación tan larga y dificultosa. Pero la de Hannón es principalmente notable por su objeto puramente científico, y por haber servido á los antiguos geógrafos de argumento para demostrar que el continente africano estaba al mediodía rodeado de mar.

Ponga norabuena el verídico Estrabón sus reparos al viaje de Eudoxo contado por Posidonio; pero cumple á nuestro propósito recordar lo que el célebre geógrafo nos dice de la gente de Cádiz: «Son éstos los que navegan por el Mediterráneo y el Océano con mayor número de buques y de mayor porte (2).»

Como anterior á la primera guerra púnica, refieren los más acreditados historiadores un hecho notable de los gaditanos. Alejandro, rey de Macedonia, que por sus hazañas mereció el nombre de *Magno*, después de haber domado á los esclavos, á los triballos y á los tracios, sujetado las ciudades de Grecia que poco antes eran libres, sojuzgado el Asia, la Suria y el Egipto, y vencido por fin á Darío, se había apoderado del imperio persa, sin parar hasta abrirse camino, con el hierro y el ímpetu del rayo, á la India, donde tenía avasallados gentes y reinos nunca oídos. Con esta nueva, movidos los españoles que

(1) La relación de estas navegaciones, tan atrevidas en aquel tiempo, fué escrita en lengua púnica por los mismos Himilcón y Hannón que las llevaron á cabo. Desgraciadamente los originales no existen, y sólo se conservan una traducción griega del Periplo de Hannón y algunos fragmentos del que escribió su hermano. Véase la preciosa Colección de *Geógrafos antiguos* de Hudson. La traducción latina del Periplo de Hannón apareció por primera vez en Basilea el año 1533.

(2) Lib. III. *Geogr.*

moraban en las riberas del Mediterráneo del deseo de captarse su voluntad, le enviaron una embajada á Babilonia. Hay quien supone que fueron solos los tirios de Cádiz los que esto hicieron, y que no fué á Babilonia sino á Tiro adonde enviaron sus embajadores, por hallarse Alejandro con grande ejército y saña sobre la antigua ciudad fenicia y temer los gaditanos, descendientes de los tirios, que se extendiese hasta ellos la cólera del rey griego. Afirman otros que los españoles intentaban auxiliarse de él y valerse de sus fuerzas contra los cartagineses, que ábiertamente empezaban á oprimirlos con sus continuas exacciones. Oigamos á Mariana que, aunque harto crédulo, al referir este suceso sigue al verídico Paulo Orosio. «El principal de la embajada se llamó Maurino, el cual, juntándose de camino con los embajadores de la Galia, que hacían el mismo viaje, últimamente llegó á Babilonia, donde los embajadores de Sicilia, de Cerdeña, de las ciudades de toda Italia y de África, y hasta de la misma ciudad de Cartago, estaban por su mandado aguardando á Alejandro. Él, luégo que llegó, señaló audiencia á los embajadores. Los de España le declararon la causa de su venida y lo que les era mandado. Que la fama de su esfuerzo y valor, esparcida por todo el mundo, era llegada á lo postrero de la tierra, que es España, y por ella su nación se movió para con aquella embajada y por su medio saludarle y pedirle su amistad; cosa que no le sería de poco provecho si después de domado el oriente tratase, como era razón, de revolver con sus armas y banderas á las partes del poniente, pues podría á su voluntad servirse de las riquezas de aquella muy rica provincia; que los españoles, trabajados no menos con disensiones de dentro que con guerras de fuera, y muy cercanos al peligro, tenían necesidad de no menor reparo que el suyo; que jamás pondrían en olvido la merced que les hiciese, ni cometerían por donde en ningún tiempo se desease en ellos lealtad y buena correspondencia; la costumbre de los españoles ser tal, que no trataban ligeramente amistad con alguno, y después de trabada,

la conservaban constantemente. Esta embajada fué muy agradable á Alejandro, de tal manera, que entonces le pareció haberse hecho señor de todo, como lo dice Arriano, pues desde lo postrero del mundo venían á poner en sus manos sus diferencias. Preguntóles muchas cosas del estado de su república, de las riquezas de la provincia, de la fertilidad de la tierra, de las costumbres y maneras de los naturales y de la contratación que tenían con los extranjeros. Demás desto prometió que por cuanto ordenadas las cosas de Asia, en breve pensaba mover con sus gentes la vuelta de África y del Occidente, que en tal ocasión tendría memoria y cuidado de lo que le suplicaban. Con esto y con muchos dones que les dió, los envió contentos á su tierra (1).» Un historiador moderno (2) trae otro testimonio del buen recibimiento hecho por Alejandro á los embajadores gaditanos: «honraron éstos su memoria, dice, poniendo á la vuelta su busto en el templo de Hércules de Cádiz (3).»

Muy más odiosos á los españoles que los astutos fenicios, empezaron los orgullosos cartagineses en el año 238 antes de J. C. la violenta carrera de sus conquistas en la península ibérica, para indemnizarse en ella de las pérdidas sufridas en Sicilia y Cerdeña durante la primera guerra sostenida contra los romanos. Si los fenicios habían introducido alguna corrupción en las costumbres de los turdetanos y tartesios, los cartagineses las estragaron de todo punto: fueron con ellos tiranos, alevosos y crueles; les esquilmaron la tierra, les robaron la riqueza de sus preciosas minas en beneficio de Cartago, y al propio tiempo que hicieron su república á costa de la Bética rica y poderosa, trajeron de África para oprimir á los peninsulares, enjambres de soldados númerados, hambrientos y desnudos (4).

(1) MARIANA, lib. II, cap. V.

(2) ROMÉY, *Historia de España*.

(3) Éste fué, según Suetonio, el busto de Alejandro que hizo verter lágrimas á César. Véase *In vit. Cæs.*

(4) Convertidas en provincias cartaginesas (dice MOMMSEN, *Hist. de Roma*,

De las malas costumbres pegadas á los andaluces por las diferentes naciones que entre ellos habían morado, las más ruines y perversas fueron sin duda las de estas últimas gentes, que infestaron las antiguas leyes, ritos, ceremonias, sacrificios y ofrendas de los sencillos naturales, persuadiéndoles y obligándoles á guardar las suyas, tan viles é inhumanas, que ningunas había peores en toda la gentilidad (1).

Grande cosa fué para los cartagineses en su designio de hacerse señores de todo el litoral de España, el haberse posesionado de la Isla de Cádiz y de los otros pueblos que en la marina tenían los fenicios, los griegos y los eritreos; porque desde estos fueron poco á poco ganando tierras y edificando castillos y fortalezas. Así cada nuevo presidio era para ellos un nuevo punto de partida. La división en que vivían las diversas gentes españolas, la falta de comunicaciones que entre unas y otras poblaciones había, la inferioridad de la táctica, de las armas y de la disciplina de estas gentes, daban gran ventaja á los cartagineses, que acababan de enviar á España lo más selecto de sus guerreros, acaudillados por el mejor general de la república. Era este general Amílcar, hombre de tanta energía, empuje y actividad, que en el primer año de su mando recorrió la Bética entera imponiendo á los pueblos tributos y contribuciones de guerra en nombre de Cartago. Al año siguiente convirtió en campo de batalla toda la extensión del litoral de levante,

loc. cit.) las regiones más fértiles y bellas de este gran país, esto es, las costas del Sur y del Este; edificadas muchas ciudades, entre otras Cartago de España (*Cartagena*), con su puerto, el único bueno de aquel litoral, y el espléndido Castillo-Real de Asdrúbal su fundador; la agricultura floreciente, y las riquísimas minas de plata descubiertas y beneficiadas en las inmediaciones de dicho puerto,—las cuales, un siglo después, aún producían más de 36 millones de sextercios al año, cerca de 9 millones de pesetas,—casi toda la España meridional y oriental hasta el Ebro reconoció la supremacía de Cartago y le pagó tributo.

(1) «Alejandro Magno, dice Horozco, su enemigo grande, y que deseó destruirlos porque descendían de los de Tiro, entre otros gravámenes que les puso, fué uno de ellos condición expresa que no habían de comer carne de perros, é hizo que lo guardasen y cumpliesen por todo el tiempo que vivió.» Lib. II, cap. 2.º

hizo tributarios á los bastetanos y contestanos, y asentó sus reales sobre Sagunto, república de muchos años atrás aliada de los romanos.

¿Se atreverá aquí el altivo cartaginés á provocar de nuevo la cólera de Roma? Grande es el odio que profesa Amílcar á los hijos del Tíber; tan grande, que sólo ha de excederle el de su hijo Aníbal; sin embargo, la república africana no cree llegada la ocasión de romper otra vez las hostilidades con aquella rival tremenda, y Amílcar respeta al pueblo de Sagunto, y su ejército pasa de largo para acampar en las orillas del Ebro.

Al norte del Betis, en los turdetanos y los célticos de Cuneus, mandados por Istolacio, encontró alguna resistencia; pero fueron también vencidos, y Amílcar asoló sus tierras, los dispersó, dió la muerte á su caudillo, y sólo perdonó á tres mil hombres que enganchó al servicio de la república. Como torbellino destructor recorrió las poblaciones interiores que negaban su obediencia á Cartago, penetró en las tierras de los lusitanos y vetones, y los halló apercebidos á la defensa en número de cincuenta mil combatientes acaudillados por el esforzado Indortes (1). Consiguio Amílcar la victoria, pero la compró cara, y concibió por ella tanto horror como si hubiese sido derrotado: tan grandes fueron el ardimiento con que pelearon los españoles y la carnicería que por ambas partes se hizo en el campo. Muy alta idea de su valor debieron dar al general cartaginés los naturales, cuando restituyó la libertad á diez mil prisioneros que había hecho en la refriega. Sólo con Indortes no supo ser generoso: cayó en sus manos, y le hizo crucificar bárbaramente. Castigó el cielo su inhumanidad, porque levantadas en armas contra él todas las naciones ó tribus más denodadas de la costa oriental de España con motivo del sitio que había puesto á Ilice, halló su tumba en el paso de un río, y graves autores afirman que murió á manos de los mismos

(1) Así le llama Diódoro Sículo, lib. XXV, c. 5.

vetones (1) que ansiaban vengar á su general crucificado.

Pero la muerte de Amílcar no compromete el crecimiento de Cartago: su yerno Asdrúbal queda sustituyéndole en España; sus prendas políticas y militares le granjean la estimación de los mismos españoles que celebran con él tratados de paz y los garantizan dándole por esposa una noble princesa de su nación. Asdrúbal funda á Cartagena, construye en ella para sí un fuerte palacio, y la nueva ciudad marítima viene á ser en breves años el emporio del comercio de Cartago en Europa.

¿Queréis formaros idea de lo que era el palacio de Asdrúbal? No es en verdad difícil. Sabéis que los cartagineses, como sus mayores y maestros los fenicios, eran poco dados á los halagos de las artes bellas. No había para ellos teatros, ni circos, ni termas, ni género alguno de públicos espectáculos y diversiones. Las distracciones y goces de lo que llamamos *cultura*, no eran necesarios para unas gentes exclusivamente dedicadas á la vida marítima. Con estos precedentes, podéis suponer que la preocupación dominante del cartaginés al fundar una colonia ó emporio, consiste en proporcionarse un cómodo y grandioso puerto, con espaciosa dársena y vastos almacenes, dominado por un fuerte palacio ó castillo, inexpugnable residencia de un almirante. En este palacio, pues, ni en la parte que mira al mar, ni en la que domina la tierra, observaréis la huella de idea estética alguna. Altos muros de descomunál espesor, ataluzados y almenados, aspilleros y con plataformas para el juego de las máquinas de guerra, sin más accidente decorativo en su inmensa superficie exterior, cuando el revestimiento es de sillería, que el simple toro; fuertes torres, sin más huecos que las saeteras, sin otro paramento por lo común que la masa compacta, tersa y durísima, que forman la piedra suelta menuda y el mortero; espaciosas terrazas y cúpulas de mampostería cu-

(1) *In prælio pugnans adversus Vettones, occisus est, dice Cornelio Nepote: in vita Hamilcaris.*

briendo los salones, y hábilmente calculadas para recoger las aguas llovedizas y hacerlas correr hacia las subterráneas cisternas; en el interior, paredes lisas sin guarnecido alguno, sin revestimiento de mármoles, sin estuques ni pinturas, sin más adorno que las telas ó los cueros, ó los tapices, ó las finas esteras que de arriba abajo las cubren, á la manera que cubrían las viviendas y las naves de los fenicios, según nos cuenta Diódoro Sículo: he aquí el aspecto general de los palacios cartagineses, en los cuales, por otra parte, no faltarían los grandes patios con elevadas y robustas arcadas, por donde penetraba la luz al interior del edificio, tan severo y sin vanos por defuera. Estos datos nos suministran las construcciones militares y civiles de los emporios cartagineses de Útica, Cartago, Thapsus, Hadrume-to, etc., cuyos vestigios han sido estudiados en estos últimos años por muy competentes ingenieros y arquitectos europeos (1).

Á Asdrúbal sucede el impetuoso Aníbal, á quien su padre Amílcar había hecho jurar sobre las aras de Júpiter odio implacable á los romanos. Sagunto volverá á ser en breve la causa de un segundo rompimiento con Roma. Los saguntinos son como los ampuritanos y como los demás pueblos que habitan la dilatada costa de levante, originarios de Grecia; pronto serán ellos, como lo habían sido los tirrenos y mamertinos medio siglo antes, el pretexto de un combate á muerte entre los dos colosos que se disputan el imperio del mundo. Aníbal, no contento con triunfar en España, llevará el hierro y la desolación al corazón de Italia con su grande ejército de africanos y españoles y sus temidos elefantes; pero también la ciudad de Rómulo, cuyo crecimiento providencial desconoce Cartago, vendrá á vengar en España la afrenta que sus águilas sufrieron en Trebia, Trasimeno y Canas.

Una protesta al terminar este capítulo.

Hemos huído del estéril y yerto escepticismo de la escuela

(1) Sobresale entre éstos el ya citado Mr. A. Daux.

impropiamente llamada *crítica*, que repudia la asistencia de la fábula y calumnia á las generaciones pretéritas suponiéndolas ignorantes de sus orígenes. Esa escuela funesta olvida que la humanidad, antes de consignar sus hechos en historias, tuvo que representarlas en alegorías, en emblemas, en poemas, para que pudiese fácilmente perpetuarlos la tradición, único medio de que disponía para comunicarse con las generaciones venideras; esa escuela, reñida con la fe, ha consumado en los tiempos modernos una obra de destrucción enteramente opuesta á la que llevó á cabo en el mundo antiguo aquella poderosa fuerza moral. Pigmalión animó su estatua con ella; prescindiendo de ella, los críticos modernos han convertido la historia en una estatua muda.



CAPÍTULO VI

Sevilla y Cádiz bajo la dominación romana

FUE siempre triste destino de España servir con sus riquezas y su sangre á sus codiciosos opresores y sacrificarse por ellos para sufrir más ominoso yugo. Como auxiliar de los extranjeros que la beneficiaban exportando sus productos, tenía por enemigos á todos los émulos de sus dueños. Por haber servido á los fenicios, fué la Bética presa de los cartagineses, y por no haberse unido toda contra éstos, fué luego presa de los romanos. Lo que había hecho Amílcar desde el peñón de Acra-Leuka enviando todos los años á Cartago naves cargadas de caballos, armas, hombres y plata de España, eso mismo venían haciendo desde las primeras invasiones todos los gobernadores extranjeros; y no bastaba que los infortunados iberos fueran lejos de su patria á comprar con sus vidas los triunfos de sus opresores en otras tierras, sino que era menester les diesen ejemplo de abnegación y bizarría.